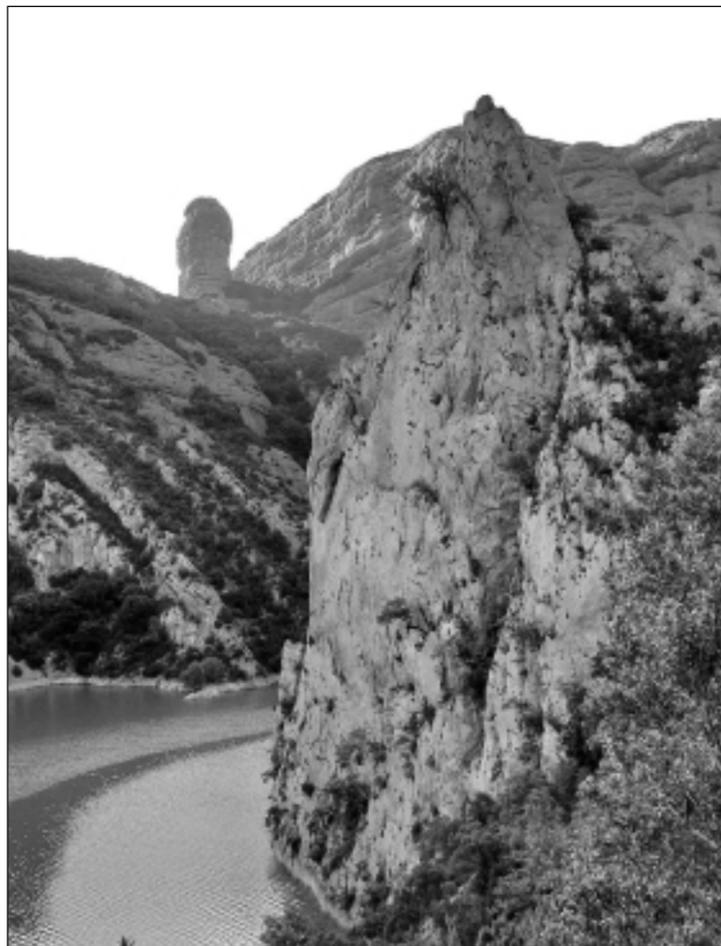
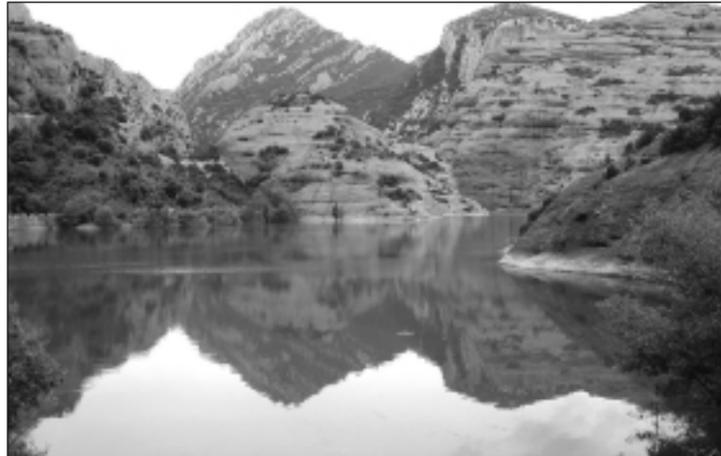


A orillas de Vadiello

Por J. Mariano SERAL

A la altura del Estrecho Quinto tomamos el desvío dirección Loporzano. Entre campos de cereal recién segados con su color dorado serpentean las carreras de garba; en otras parcelas ya sólo queda el rastrojo. Pasamos por delante de Sasa del Abadiado. A la altura de Castilsabás nos desviamos dirección Santa Eulalia La Mayor. Transitamos por sus empinadas calles llegando a la parte más alta del pueblo. Al este, en un espolón de caliza se erige la Atalaya.

Cogemos la senda que se dirige dirección Vadiello, la cual en sus primeros tramos discurre entre algún muro de piedra seca y buchos. Llegamos a una fuente la cual daba agua al lavadero del pueblo. Pasamos por encima de una piedra acanalada que hacía las veces de desagüe. El terreno yermo, abancalado, presenta los restos de algún muro de piedra seca persistiendo algún almendro, queriendo dejar testimonio de la historia de la actividad agrícola en aquellos tiempos, en los cuales se aprovechaba cualquier extensión de terreno por pequeña que fuese. En una roca compuesta por materiales más solubles, los agentes erosivos han socavado una pequeña oquedad que en más de una ocasión habrá servido de refugio ante algún inesperado aguacero. Dirigimos nuestra mirada al Miscón con sus 849 metros de altitud, en su vertiente oeste se aprecia un escalonado irregular de la roca, la cual presenta tonalidades grisáceas azuladas con alguna pincelada rojiza. La vegetación, de forma lenta pero pertinaz, consigue echar raíces en las fisuras de las paredes, añadiendo una pincelada verde al paisaje; la erosión disgrega las rocas dando lugar a los canchales. A los pies de este tozal, el Río Guatzalema forma un meandro; sus aguas cuando llega a la altura de La Almunia del Romeral se encajonan entre las rocas. También divisamos alguna de las construcciones de esta población. A mano izquierda el Tozal de Espiellos con sus 1151 m de altitud, en su parte superior la naturaleza ha construido una pared de piedra, la cual poco a poco es disgregada por los agentes atmosféricos; en alguna de sus oquedades se aprecia resto de excrementos de los buitres. Avanzamos por la senda bien marcada entre buchos, aliagas y monte bajo, en alguna de las



rocas son visibles fósiles. Dejamos a nuestra espalda la Atalaya, buscamos con la mirada el curso del Guatzalema para seguir su trazado aguas arriba. En algunos tramos carretera y río siguen una directriz paralela, siguiendo las curvas de nivel.

La fresca brisa de la mañana incide sobre nuestros rostros. Escuchamos el sonido metálico de los esquistos a nuestro paso, el murmullo de las aguas del Guatzalema. Unos metros más abajo un buitre en su libre planear circular va ganando altura. Desde esta perspectiva divisamos a lo lejos Fragneteto y el Borón con sus crestones, entre los cuales, el Guatzalema junto con los barrancos que surcan estas formaciones, contribuyeron a esculpir este paisaje pétreo de gran belleza y peculiaridad. A nuestra derecha Peña Pipe, gran mole de roca, que presenta gran número de concavidades dispuestas en hileras regulares, fruto de la composición de los estratos que la conforman. Un pequeño mallo frente a la gran mole crea un efecto visual peculiar por el contraste de tamaños. En la extensión de terreno comprendida entre Peña Pipe y el Miscón se aprecian signos de aterrazamiento para su cultivo, visible algún almendro, algún olivo, los restos de los muros de una pequeña edificación de mampostería. A fecha de hoy toda esta superficie está en abandono. El último tramo de la senda confluye con la carretera; pasamos por los túneles, en los cuales las golondrinas han construido pacientemente algún nido.

Observamos las Paredes Rojas. En una de ellas, el agua ha ido depositando los carbonatos que llevan en disolución formando pequeñas stalactitas. A nuestra derecha podemos escuchar el discurrir del Río.

Nos detenemos durante unos minutos para contemplar las formaciones pétreas que rodean Vadiello: el Puro, la Mitra, Los Mallos... El pantano este año, debido a la lluviosa primavera supera el 90 % de su capacidad. Una suave brisa forma un pequeño oleaje, como si de un espejo se tratase vemos Fragneteto y su reflejo simétrico en las cristalinas aguas.

Bordeamos Vadiello, tomamos la senda de Nocito, dejamos a la derecha un grupo de escaladores que suben al Elefante, nos alejamos de ellos. Ya sólo escuchamos el relajante sonido que produce el romper del oleaje en la

orilla.

Vemos como los árboles y arbustos emergen del pantano. En esa franja de terreno que pertenece a su vaso, pero que sólo se inunda en los años de abundantes lluvias. Pasamos por delante de la pared en la cual se encuentra la cueva de la Reina. Hoy el nivel de las aguas no nos permite ver el pequeño muro de mampostería.

A nuestra izquierda el Borón con sus 1327 m de altitud presenta numerosas crestas. Seguimos caminando. Ya podemos contemplar a mano derecha el Huevo de San Cosme.

La senda transcurre entre canchales. Observamos en las rocas calizas pequeños canales cincelados por las aguas, recordándonos la condición kárstica de la Sierra. Llegamos a una bifurcación de la senda; miramos el mapa. Vemos que la de la derecha se dirige al Paso Ros. Nosotros tomamos el ramal de la izquierda. Pronto nos damos cuenta que presenta gran pendiente. Entre canchales y buchos vamos ganando altura por la ladera este del Borón. Llegamos al punto más alto por el cual trascurre esta senda. Podemos observar la gran belleza de este paraje: las crestas de este pico han formado un muro de piedra natural; más al norte, La Espada y El Proyectoil; a mano derecha una serie de crestones de roca conforman las Canales de Fragneteto. La senda va descendiendo prácticamente hasta la altura del pantano.

Recientemente en las crestas del Borón ha habido un desprendimiento de rocas de gran tamaño que han sesgado la vegetación. Tenemos que pasar por encima de algún tronco de cajico. Seguimos avanzando y disfrutando del paisaje. Nos vamos acercando a Fragneteto; pasamos por la base del Proyectoil; llegamos al punto donde el Río recobra la vida y de nuevo escuchamos el murmullo de sus aguas. Nos damos cuenta que hemos llegado al final del pantano. En frente tenemos el Tozal de Salillas con su color más oscuro de tonalidades rojizas y marrones, frente a los grisáceos del Borón y sus crestas.

El campo es un libro abierto; las montañas, los ríos, la flora, la fauna, los estratos, la erosión, los fósiles, etc, etc, son sus textos. Es una lectura de primera mano, es un libro que hay que conservar y cuidar, para lo cual es necesario la colaboración de todos.